

SUSCRICION.

MADRID.

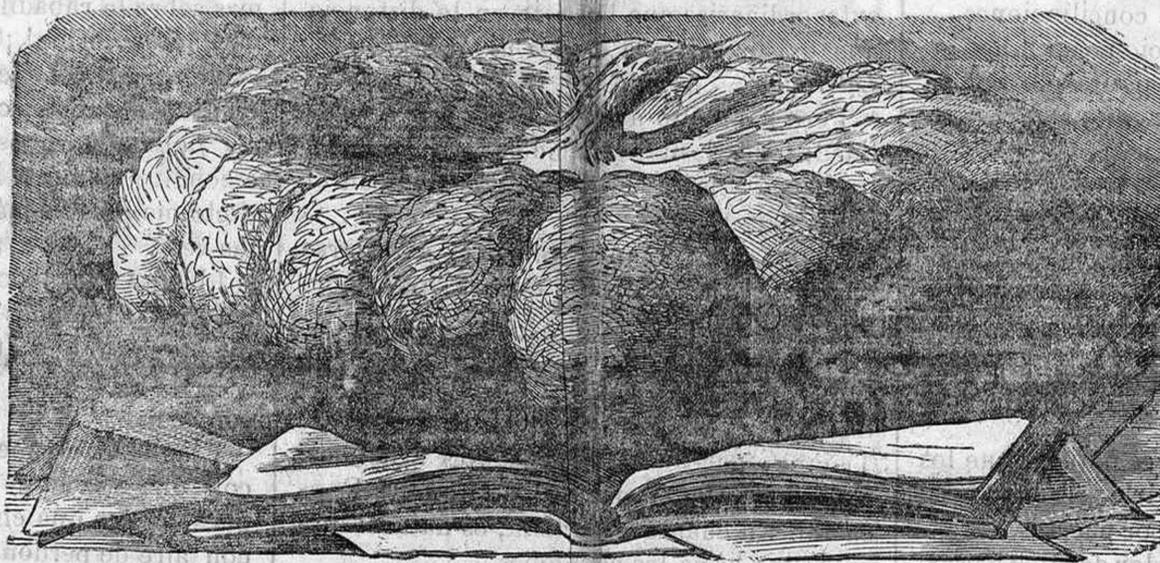
Un mes. 4 rs.
 Un trimestre. 10
 Un siglo. 3200

PROVINCIAS.

Trimestres. 12

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Tres meses. 20 rs.



LA GORDA,

PERIODICA LIBERAL.

ESTE PERIÓDICO SALDRA (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SEIS VECES AL MES.

GRAVEDAD REVOLUCIONARIA.

El tiempo es un criminal anterior y superior al código, para cuyas injurias no hay castigo.

Prim y Rios Rosas, personajes ambos á cual más indómitos en sus años juveniles; ambos también eminentemente descosidos en sus hábitos de toda la vida, han venido á parar, por las injurias del tiempo, en zurcidos de voluntades.

Hé aquí un ultraje que reduce á dos respetables hombres públicos á una condicion, que es más propia de mujeres.

Hé aquí, además, un hecho que debe producir modificaciones en el procedimiento judicial, por cuanto, vista la solucion de la última crisis, el juicio de conciliacion se confundiria con la locura revolucionaria.

En la España con honra, sin embargo, no es deshonrosa la profesion de zurcir voluntades. Llevado al poder el derecho al mal en la persona del actual ministro de Fomento, procede naturalmente la libertad del vicio.

Prim y Rios Rosas han podido, pues, sin menoscabo de sus vergüenzas respectivas, llevar á cabo el zurcido de conciliacion sin escándalo de nadie, porque el escándalo, abuso insoportable de otros tiempos, también ha sido suprimido.

Es de observar, por el lenguaje de los autores de la conciliacion, que el progreso revolucionario ha introducido un cambio notable en la forma de las conciliaciones.

Antes de la gloriosa revolucion de Setiembre, era cosa comun ver á dos hombres libres de temperamentos distintos, quizás opuestos también en sus opiniones artisticas, conciliados por medio de una cadena que los ligaba estrechamente, obligándolos á trabajar en una misma obra. Ahora el procedimiento ha variado. Las cadenas se consideran incompatibles con la libertad, y los hombres libres se

concilian perfectamente bajando la cabeza.

La crisis ministerial resuelta de este modo tan sencillo, es un verdadero progreso. Así ya no habrá dificultades para la revolucion, quien, con arreglo á la linea de conducta por ella misma proclamada, bajando la cabeza es como resolverá las crisis sucesivas.

De otro modo, la revolucion ha declarado, por su propia boca, que no puede vivir sino caminando de bajeza en bajeza.

Y véase lo que son las cosas; al propio tiempo que *La Iberia* ensalza hasta las nubes la bravura de Prim por haber organizado el nuevo ministerio, el bravo Prim y el no menos bravo Rios Rosas, proclaman como el más esencial de los principios revolucionarios el presentarse ante el país con las cabezas bajas.

La bravura, por consiguiente, también ha cambiado en su manera de manifestarse desde la revolucion de Setiembre. Es una bravura que embiste con la cabeza baja, y como tal, no solo susceptible de llevar bandera, sino de llevar banderillas; una bravura que, haciéndose justicia á sí propia, ha tomado la actitud de la humillacion y la vergüenza.

Pero no importa. Ante la necesidad de vivir, era natural que la revolucion enseñase las carnes. Ante los rotos de las medias revolucionarias, procedian naturalmente los zurcidos.

Por eso Prim y Rios Rosas, de partido en partido y de sistema en sistema, han venido á parar en una política de costureras.

Por eso también los tres partidos que constituyen la mayoría, los tres piés para un banco con que el ministerial acaba de ser reforzado, los tres remiendos de distintos colores echados á la capa de la revolucion, se han prestado con laudable patriotismo á ser cosidos los unos á los otros.

Así no hay peligro de que merme las fuerzas ministeriales el gancho de un trapero.

SE SUSCRIBE

En la Administracion, calle del Molino de Viento, 13, principal, y en las principales librerías.

REDACTORES:

TODOS LOS ESPAÑOLES.

DIRECTOR:

D. JOSÉ E. AMÍROLA.

NÚMERO SUELTO:

CUATRO CUARTOS.

Un ministerio de conciliacion, por otra parte, es claro que todo lo concilia. Si en su calidad de remendado puede considerarse como ministerio pobre, en cambio tiene la ventaja de satisfacer el apetito de unas cuantas bocas parlamentarias, y bajo este aspecto es una viña.

De aquí el fenómeno natural de que lo mire con ojos simpáticos el Sr. Rivero, y de aquí también la razon no menos natural de que lo favorezca con sus simpatías el pro-hombre Martos.

Para los que conozcan personalmente á este distinguido demócrata, no hay contradiccion en que defienda con su palabra al nuevo ministerio, á pesar de haber declarado el general Prim que la política actual es idéntica á la que combatió denodadamente aquel recto jurisconsulto. El Sr. Martos siempre vé las cosas de una misma manera; solo que su estravismo ha dado margen á que se creyera que las miraba por un lado, cuando en realidad las miraba por otro.

Los vizecos tienen eso de malo y no de bueno.

Una prueba concluyente de que el formalísimo Martos considera el ministerio de conciliacion como una viña, es que la sintesis de su discurso viene á ser la siguiente frase: *están verdes*.

Esta es, además, la clave que ha servido para la solucion de la crisis.

Pero el tiempo es un legislador cuyas prescripciones son verdaderamente ineluctables, y con el tiempo no podrán menos de madurar las uvas.

La viña entonces será nuevamente disputada con arreglo á los derechos ilegislables en su esencia, aunque legislables en su ejercicio, y entonces acaso el principio fundamental de la conciliacion no será suficiente para guardar la viña, porque las zorras políticas que ahora retroceden en vista de que el

fruto no está sazonado, avanzarán sin temor á los espantajos vestidos de conciliaciones.

Entre tanto, la conciliación es un hecho, y nos complacemos en repetir que con el nuevo ministerio todo se concilia. Por él concluyó la crisis y por él empieza.

El rey ha muerto: ¡viva el rey!

De otro modo: observando el principio de bajar la cabeza, es evidente que los conciliados no pueden darse la cara, ni mirarse de otra manera sino de reojo.

La nueva crisis es, por lo tanto, conciliable con la antigua, y está en el orden natural de las cosas.

Dado el valor de Prim, es natural que los unionistas traten de adquirirlo, en cuyo caso los progresistas quedarán por puertas.

Dado el carácter conciliador de Ríos Rosas, es natural que los banquetes ministeriales de estos días acaben como merienda de negros.

Dado el espíritu revolucionario que anima á Rivero, se puede asegurar, sin ser temerario, que ya se tambalea.

Queda, sin embargo, otra solución naturalísima: la de que el árbol de la revolución produzca sus frutos, y que estos, acabando de podrirse en el árbol, caigan por su propio peso.

CARTAS CORTESANAS.

Sitio de la Granja, á últimos del que rige.

Sr. Director de LA GORDA:

Llegó la corte sana y salva en los carruajes que fueron del patrimonio real, y desde entonces se habla de fiestas públicas y privadas en que se correrán hasta las fuentes. Apenas se ven señoras todavía, pues como tenemos un batallón para cubrir las atenciones del servicio, por parte del sexo feo hay concurrencia.

El elemento oficial predomina, figurando en primera línea los señores Ortiz y Pinedo y Pucheta, antiguos cacheteros, el segundo de toros, y de la literatura dramática el primero.

No faltan distracciones, particularmente de noche: suele jugarse á las damas ó se improvisan conciertos en que hace el gasto la música de Verdi. Es lástima que las noches sean algo oscuras, y que en los jardines solo se pueda andar á tientas.

El apoderado de este sitio es verdaderamente apoderado, y tan inteligente en materia de cultivo, que se pasa todo el día echando plantas.

El tiempo es aquí vario, aunque suele hacer fresco á ciertas horas, como en otras se convierten en carbon todos los árboles.

Hay abundancia de flores; en cada rosa de cien hojas puede imprimirse una comedia. Los empleados están en disposición, si gustan, de llenar de botones de oro sus ojales.

Las flores que se ven con más frecuencia son: arañas, tricolores, farolillos y perpétuas violadas: están en moda el pasatute y la coronilla.

Aunque la mora es una fruta muy sabrosa, no he visto aquí ni sombra de moral.

En cambio, se pueden hacer muy buenas ensaladas, porque abundan los lechuguinos y mastuerzos.

Si tuviera tiempo, referiría á Vd. las cosas extraordinarias que he visto en la distancia que existe entre la *Partida de la Reina* y el *Laberinto*.

Pero me limito á referir lo de pura actualidad: todas las tardes acuden los soldados á las listas, y las doncellas de labor pasean al lado de los pinos.

Algun militar que otro suele extasiarse ante la fuente de *Las tres Gracias*, que como sabe Vd., ya no pertenece á la mitología.

El Sr. Ortiz de Pinedo aficionado á la pintura, visita con frecuencia los objetos de arte; y aunque hay pinturas de Rubens y del Ticiano, dados sus antecedentes artísticos, sospecho que preferirá las de Brandi y Procacini. En cuanto á Pucheta, es natural que se incline hácia los bodgones.

No sé por qué, tengo miedo de que vuele todo esto, cada vez que miro las dos alas del palacio.

Volviendo a la pintura, hay en las galerías obras notables; pero también abunda en palacio el carmin y el albayalde.

Contemplando tantos retratos de reyes y príncipes, se echa de menos la imagen de Serrano; acaso vea el público con el tiempo á su alteza el regente en un cuadro inmediato á la capilla.

Dícese que aquí le esperan muy pronto, y la verdad es que su presencia es necesaria, siquiera para hacer bulto.

Creo haber dicho que hay escasez de señoras: convendría que enviasen de Madrid algunos juegos de damas para animar esta Tebaida.

La corte quiso tomar el fresco, y, la verdad, está muy fría.

La fuente de Apolo y sus jardines dan lástima: todas las tardes me aburro en estos jardines de Apolo.

No me extraña: es una corte que se quiere hacer. Pero nadie se apresura á hacer la corte. Sería muy político un banquete con viaje pagado, para ver si se trasladaba á la Granja siquiera la Tertulia progresista.

¡Oh dolor! Como la presidencia del Consejo es un edificio aislado, no se pudo invitar á los vecinos.

Concluyo con dos únicas noticias de interés que envidiaría *La Correspondencia*:

1.^a En esta jornada democrática se ha prescindido del lujo, y toda la ostentación se halla reducida á un modesto cortejo.

2.^a Dicese que las fuentes correrán á menudo.

Siendo ministro el Sr. Becerra, diputado por Galicia, es natural que se dé empleo á los surtidores de las fuentes.

Pero basta por hoy, y hasta otro día.

FIN DE FIESTA.

(Imitación de Edgardo Poe.)

No sé cómo sucedió el hecho, pero ello es que me hallé contra mi voluntad en una casa de locos.

Vi muchos descamisados, que por su aspecto me pareció que merecían la camisa de fuerza.

Pasaron ante mi vista uniformes de todos colores, llevados sobre los hombros tan va-

nidosamente como lleva el pavo real sus plumas sobre la rabadilla.

¡Qué confusión! ¡Qué algarabía!

Me escondí, temeroso de que me dejaran en paños menores, como se queda en *Jugar con fuego* el marqués de Caravaca, y desde mi escondite llamé á la persona que por su aspecto me pareció más juiciosa de todas cuantas veía.

Llegóse á mi lado el ciudadano pacífico, al parecer, y después de pedirme un cigarro me pregunto qué quería.

—Deseaba saber si son estos los locos, le contesté.

El ciudadano me miró de piés á cabeza, con una mezcla de ira y de desprecio, y después de dar una chupada al cigarro, me dijo con aire de perdonavidas:

—No señor: son los loqueros.

Le pedí mil perdones; disculpé mi torpeza como Dios me dió á entender, y gracias á mi humildad y á mi cigarro, logré que me tomara bajo su protección y me prometiera presentarme á los sábios doctores que habían organizado el establecimiento de tal manera, que Europa los contemplaba con asombro.

Me presentó, en efecto, á un hombre gordo, rechoncho y franco en apariencias como un tendero de géneros ultramarinos, que comenzó por decirme que él tenía la saludable costumbre de dormir la siesta.

El doctor llevaba, con la elegancia que da la costumbre, una vistosa papalina.

Hízome conocer después á un personaje de cara tersa, calvo y cano, que aunque nada me dijo acerca de sus costumbres buenas ni malas, yo comprendí que se hallaba dormido por dentro.

La prenda más notable de este señor era un sombrero de pluma que le había regalado el Bey de Túnez.

Fuí, por último, á ver á un individuo de cara verdosa, que según me indicó mi introducción, dormía solo con un ojo, pues con el otro velaba por el establecimiento y por su propia persona.

Este se distinguía entre todos por su tupida cota de malla.

El primero de mis tres nuevos amigos me explicó cómo habían roto las antiguas tradiciones del establecimiento.

¡Cosa extraordinaria! Todo se había reducido á quitar la *d* á las tradiciones.

Entonces comprendí el poder inmenso de las letras.

Siguió el doctor enumerando las ventajas del sistema revolucionario que acababa de plantear con el auxilio de algunos amigos y compadres suyos, y se expresó en esta forma:

—El antiguo sistema se hallaba compendiado en una frase proverbial: «El loco por la pena es cuerdo.» Nosotros hemos desechado las penas, y solamente las aplicamos á las personas que no aceptan nuestras teorías y nuestras prácticas.

—Pero ¿cuál es la teoría de Vds.? me atreví á preguntar al doctor.

—La teoría liberal, me contestó; pues qué, ¿los locos no tienen también su autonomía? Ciertamente que en ocasiones es peligroso que anden sueltos porque abusan de sus derechos; pero los abusos de la libertad se corrijen por la libertad misma. Fundado en esta razón, todo

el mundo se arma con nuestro sistema. Esto es una monarquía sin rey, y una república sin presidente.

Llegué á sospechar por sus palabras que estaba hablando con un loco, pero me tranquilicé pensando que el hombre extravagante que usaba aquella papalina podía decir tales cosas en su estado normal.

Con el objeto sin duda de que los admirara, me prometió el doctor enseñarme á todos sus compañeros de fatigas pasadas y glorias presentes.

—¿En dónde podré conocerlos? le pregunté.

—En el presupuesto, me respondió.

Sonó en aquel momento una campana, y mi interlocutor me indicó con una seña que lo siguiera.

Llegamos á un comedor inmenso, en cuyo centro había una gran mesa redonda.

Un número incalculable de individuos esperaba impaciente la comida.

Me brindaron con un sitio, si me comprometía á ver, oír y callar; pero yo di las gracias con la sonrisa más amable de mi repertorio, y me eché á un lado.

Los trajes de aquella sociedad, fijaron mi atención por su extravagancia.

Algunas personas iban vestidas de periódicos.

Otras se arropaban con bonos del Tesoro. Quién llevaba el traje á la moderna, y tenía calado hasta el cogote un gorro catalán.

Quién escondía un trabuco debajo de una toga.

Mi asombro iba tomando unas proporciones tales, que temía que no bastara á cubrirlo mi disimulo.

Una especie de maestro de ceremonias hizo una seña con la mano.

Sonó el himno de Riego y sirvieron la sopa.

Trajerón despues varios platos de gusto para los doctores liberales.

Y por último, presentaron sobre la mesa el país partido, y desapareció el país entre las manos de los circunstantes.

En cuanto se hallaron satisfechos, trataron de distraerme recordando las manías más notables de los locos que se encerraban en el establecimiento.

El doctor papalina fué el primero que habló y dijo:

—Aquí hay un individuo que cree que tiene precisión de ganarse la vida tocando el organillo por las calles, y todo su empeño es tomar la mona. ¿A que no sabe Vd. cómo la toma? Pues la toma así...

—Sr. D. Nicolás, no empine Vd. tanto el codo, gritó furioso el maestro de ceremonias.

El del sombrero de plumas dijo despues:

—¿Recuerdan Vds. aquel pobre diablo que se empeñaba en que era un frasco tan turbio que nadie podía averiguar lo que tenía dentro? Y se ocultaba de este modo...

El maestro de ceremonias:—Sr. D. Curro, no se quite Vd. la casaca.

Habló luego el hombre de la cota de esta manera:

—Pues ¿á donde dejan Vds. al militar confitero que se empeñó en hacer conserva de valiente, y para conseguirlo se valia de este medio?

El maestro de ceremonias:—Sr. D. Juan, ¡va Vd. á traer aquí su escolta!

Un buen mozo jubilado continuó:

—Ninguno de esos cazos tiene er zalero der agricultor que se empeñó en que la plantacione ze acian azi, azi, azi...

El maestro de ceremonias:—Sr. D. José Luis, ¡que se va Vd. á desgarrar el bolsillo de tanto meter la mano!

Un incautador habló desenfrenadamente lo que sigue:

—Están Vds. refriendo manías vulgares entre nosotros; la manía verdaderamente original es la del que se obstinó en que era una botella con cuatro cascós, y los enseñaba de este modo: uno, dos, tres y cuatro.

El maestro de ceremonias:—Sr. D. Manuel, no ponga Vd. los piés sobre la mesa.

En este momento se oyó un gran estrépito: reinó por un instante una espantosa confusión: cayeron las puertas de la estancia, y se presentaron los loqueros armados de látigos.

Cada uno de los asistentes á la mesa cogió lo que pudo de los restos del banquete, y todos huyeron en tropel, escapándose por las puertas derribadas.

Entonces comprendí lo que pasaba; los locos se habían apoderado del establecimiento, y habían hecho su agosto.

Los loqueros rehaciéndose, consiguieron al fin dominar el tumulto.

Y para que todo sea extraño en este suceso, recuerdo perfectamente que era el 20 de Agosto de 1869.

LA DEL HUMO.

Se fueron las Córtes;

Madrid está sordo;

que los soberanos

se lo llevan todo.

Se queda el regente

tendido en el trono,

con la boca abierta

como rey de bolos.

Prim va al extranjero

á echarse en remojo;

puede que no vuelva

ó que vuelva otro.

Se queda Sagasta

sin voz y sin voto,

que al cerrar las Córtes

le cierran los codós.

Becerra no sale

de su paso cojo

hasta que sean blancos

los negros del Congo.

Ruiz Zorrilla el grande,

que vive en un potro,

dice que sin Córtes

no hay quien lo ate corto.

De Ardanaz no se habla

ni mucho ni poco,

porque entró en Hacienda

y cayó en un pozo.

Se queda Rivero,

que nunca está solo

y por todas partes

encuentra el mar Rojo.

Topete hace tiempo

que se puso á bordo

para largar velas,

si da el trueno gordo.

Tambien Martos huye,

sin cartera al hombro,

y va dando tumbos,

limpiándose el polvo.

Esto se derrumba

por su peso propio,

y se van los listos

y quedan los tontos.

Pasó la gloriosa,

se arrastró en el lodo,

y nos deja sangre,

miseria y escombros.

GORI, GORI.

Me parece que tocan á muerto.

En la España con honra, hay honra fúnebre.

¿Por quién suenan las campanas?

Pasa un entierro: descubrios.

Abren la marcha una multitud de pobres, que todavía no llevan hachas en las manos. He querido contarlos y la aritmética no tiene número bastantes. Pobres de solemnidad, pobres diablos, pobres de espíritu. ¡Cuánta pobreza hay en la España de Setiembre.

Siguen despues las mangas más anchas de la villa; las llevan algunos concejales muy engalanados con ropa hecha de listas.

Allí va Rivero, armado de punta en blanco y cubierto con el casco de la villa, que parece desde lejos un gran casco de botella: tiene por lanza una caña, y encima de la armadura un tonelete.

Le acompañan en el sentimiento todos sus amigos: Echegaray hace de plañidera, y llora sobre una trenza chamuscada: Becerra marcha más resignado, y creyendo que el pan-teon es comestible, dice á Rivero por lo bajo:

«Los duelos con pan son menos.»

Salmeron ensarta un rosario de discursos, y el alcalde popular le ayuda en cada gloria.

S. A. el regente vierte otra lágrima por el ojo con que no lloró á su antiguo compañero el Sr. Ayala. (Q. E. P. D.)

El general Prim, aunque poco amigo de duelos, marcha en la comitiva.

Madoz el veterano, echándola delisto, le persigue: Rivero envidia su cabeza despejada.

Sagasta y Zorrilla van delante del carro.

Sobre la caja vacía del féretro, hay una figura en cueros que representa á España.

Aunque no lleva otros atributos, todo el mundo la conoce.

En los lados de la caja se ven varios letreos que dicen:

«Asunto Figuerola.»

«Primas, bonos, empréstitos.»

Detrás del carro fúnebre marchan los comparsas, y un voluntario de cada color los hace los honores.

Van á echar tierra al asunto.

Los devotos se hacen cruces al ver pasar el féretro.

Las gentes sencillas se descubren.

Y los de la comision se sonrien, mirándose los unos á los otros, y se cubren.

Pasa por fin todo el entierro.

Cesan de sonar las campanas, y sin embargo, el Gobierno oye campanas, aunque no sabe dónde.

FISONOMIA DE LAS SESIONES.

La soberanía nacional está de vacaciones. En el exámen de fin de curso que la Asamblea ha celebrado ante sí misma, ha sido declarada suspensa por boca del sabio catedrático Sr. Moret y Prendergast.

Verdad es que no se trata de una suspensión política, todo al contrario.

Segun declaración del mismo sabio, se concluyen los trabajos públicos y empiezan los trabajos privados, es decir, que cada español se matará á disgusto en su casa mientras que la nación entera duerme tranquilamente la siesta.

Peró el sabio demócrata Moret y Prendergast, ha debido suspenderse á sí mismo como constituyente, y reprobarse como catedrático de derecho revolucionario, antes que decir que «se suspenden los trabajos públicos para dar mayor importancia á los privados.»

Cualquiera, en vista de su dicho, podría pensar uno de estos absurdos reaccionarios:

Que no es posible trabajar en público;

O que la única manera de que las Cortes hagan algo es cerrarlas.

Y siguiendo este raciocinio, bien podremos decir que el único medio que se nos ocurre para que las Cortes puedan hacer la felicidad del país, es no abrirlas nunca.

Saludemos con la más cordial de las despedidas, á los constituyentes que se retiran de la Asamblea á trabajar por la patria.

Su marcha nos impresiona como la marcha de las golondrinas; porque ¿qué son los constituyentes si no unas ingratas golondrinas?

Peró los constituyentes pueden volverse á sus hogares gozosos de su obra, y cada uno de ellos, al meter su conciencia en la maleta, puede decir, echando dos vueltas á la llave:

«No has perdido el viaje.» ¿Para qué vinieron los constituyentes á la Asamblea?

Para constituir el país.

Pues bien: el país queda perfectamente constituido. Las Cortes venian á hacer una revolución, y la han hecho.

¿Qué más puede pedirselas?

Habia religion, y se ha hecho lo posible porque desaparezca.

Habia ejército, y ya no hay quintas.

Habia Hacienda, y hay déficits.

Habia propiedad, y hay socialismo.

Habia pueblo, y hay voluntarios de la libertad.

Y todo esto sin contar con S. A. el regente, se ha hecho en siete meses sin escándalos, sin ruido, sin más que unas blasfemias, unos cuantos tiros y unos cuantos discursos.

¿Puede darse obra más fructífera?

No turbe, pues, el solaz de los constituyentes en huelga el recuerdo del país, á quien dejan abandonado.

El país seguirá acordándose de ellos por mucho tiempo.

Ya se van los constituyentes; saludenlos con el pañuelo los que conserven este precioso derecho individual.

Y á propósito de saludos, los gallegos se quedaron sin ferro-carril.

FLAQUEZAS.

El ayuntamiento de Madrid ha acordado que siga siendo concejal el Sr. Becerra, á pesar de ejercer el cargo de ministro.

Lo primero que se ocurre preguntar, es si el cargo de individuo del ayuntamiento es de origen popular ó de origen municipal.

O lo que es lo mismo: si los concejales los hace el ayuntamiento ó los elige el pueblo.

El Sr. Becerra, ministro y concejal, ofrece á la consideración de las gentes un aspecto bucólico.

Como si dijéramos, come á dos carrillos.

Solo en las matemáticas del Sr. Becerra deberá encontrarse el modo con que ha podido partirse, para ser ministro y concejal á un mismo tiempo.

Peró si bien se mira, la operación no es de partir, sino de sumar.

Esto es, reunir el valor de las cantidades ministro y concejal en la suma Becerra.

Hé aquí una admirable confusión constitucional de los poderes públicos.

El Gobierno puede decir: Tenemos un concejal.

El ayuntamiento puede exclamar á su vez: Tenemos un ministro.

Más claro.

Aplíquese el sistema en toda su extensión, y podrá presentarse el siguiente caso:

Las sesiones del ayuntamiento serán Consejos de ministros, y los Consejos de ministros juntas del ayuntamiento.

Esta es la manera parlamentaria de que Rivero llegue á ser presidente del Consejo de ministros con cartera.

Cuentan los periódicos que el Sr. Rivero ha caído en la cuenta de que la capitación es un impuesto enorme.

No lo entendemos; á no ser que el Sr. Rivero quiera que se restablezca la contribución de consumos para aspirar á ser el primer contribuyente.

Esta es la cantidad líquida que arroja nuestra cuenta.

La Asamblea constituyente ha suspendido sus sesiones por no disolverse.

Ahora bien: políticamente la suspensión de las sesiones es un embalsamamiento, para que la Gaceta pueda decir:

«El cadáver de la soberanía nacional continúa sin novedad en su importante salud.»

Suspenderse es colgarse.

Es así que la Asamblea constituyente se ha suspendido,

Luego se ha colgado.

¿Es esto un suicidio?

No; porque la Asamblea constituyente ha probado que está dispuesta á vender cara su vida.

¿Qué es entonces?

Es el absurdo elevado á la soberanía.

La Asamblea se ahorca para poder seguir viviendo.

Nota. Ruiz Zorrilla diría para poder seguir tirando.

Traducido al latin este caso parlamentario, nos encontramos con la definición siguiente:

«La suspensión de la Asamblea es un *modus vivendi*».

La Asamblea ha suspendido sus sesiones, huyendo de sí misma.

Los diputados han recurrido á los piés por no apelar á las manos.

La soberanía nacional es una figura retórica que acaba en punta.

Empezó por el sufragio universal, que hizo de cada individuo un soberano.

La soberanía residía en todos.

Del sufragio universal salió la Asamblea constituyente.

La soberanía quedó reducida á trescientos diputados.

De la Asamblea ha salido la comisión permanente.

La soberanía ha quedado reducida á media docena de individuos.

Evidentemente la soberanía nacional va á menos.

Peró véase un raro contraste de las cosas.

La soberanía nacional ha venido á menos, y los que la proclamaron han venido á más.

Vamos á establecer una comparación entre el miedo del general Serrano y el valor del general Prim.

El general Serrano no se atreve á irse á la Granja.

El general Prim se determina á irse á Vich.

Es muy natural que así suceda.

El general Serrano fué el primero que desembarcó en Cádiz, y el general Prim fué el último.

Volviendo del revés este suceso, el general Serrano será el último que se vaya, y el general Prim el primero que se escape.

Es muy posible que á estas horas exista una profunda desavenencia entre el ministro de la Guerra y el ministro de Gracia y Justicia.

El motivo debe ser el siguiente:

El general Prim muestra una particular predilección por las cajas de las direcciones generales de las armas, mientras Ruiz Zorrilla debe mirar con espanto la caja de redención y enganches.

El general Prim, en su afán militar de atar cabos, ha enganchado al ministerio de la Guerra las cajas de las direcciones.

Al Sr. Ruiz Zorrilla, como amigo de todas las libertades, le horroriza la idea del enganche.

Examinando atentamente el retrato fiel de Topete, hemos averiguado con toda certidumbre, que el ministro de Marina mira á la situación con malos ojos.

ANUNCIO.

AL ADOQUIN PRECIOSO.

GRAN JOYERIA

surtida con toda clase de buenas alhajas.

Desde el 29 de Setiembre último, que se abrieron las puertas de este abundante establecimiento de piedras preciosas, sus dueños están apedreando al público, sin conseguir el resultado que sus esfuerzos merecen; pero ya ha llegado la hora de que las gentes asombradas vuelvan sobre sí, y no dejen en estos almacenes piedra sobre piedra.

Entre las buenas alhajas que principalmente llaman la atención de los curiosos, se encuentran:

EL REGENTE.

Magnífico brillante, montado al aire.

EL FIJO.

Soberbio reloj que se ha hecho de oro: dá la hora y se queda con los cuartos; andaba atrasado, pero ahora se adelanta todo lo que puede. Dispone de varias cajas: hoy es cilindro que todo lo destruye, y está á punto de ser escape de áncora.

LA REINA DE LOS MARES.

Perla manchada que salió de su concha para ser engastada en oro.

EL COLMADO.

Jarro de plata maciza, cuya capacidad es admirable; para agua no tiene ninguna; pero cabe en él toda clase de licores: está sostenido por dos piés, y sin embargo vacila: es una obra pública que cuesta mucho dinero.

Las demás alhajas tienen las mismas cualidades, pero son de segundo orden.

ULTIMA HORA.

Con mucho sigilo: el Sr. Ardanaz es ingeniero y ministro de Hacienda. Su plan rentístico es hacer un camino, á ver si viene el dinero.

MADRID.—1869.

Imprenta de J. Rivera, Molino de Viento, 13, principal.